

# MAURO



MAURO

CONTIGO AL FIN  
DEL MUNDO

© Mauro Cavaller, 2017  
© Editorial Planeta, S. A., 2017  
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)  
www.editorial.planeta.es  
www.planetadelibros.com

Canciones del interior:

Página 50, página 51 y página 60: *Tu vuò fa' l'americano*, © 2010 Master Classics Records, interpretada por Renato Carosone  
Página 86: *Dancing Queen*, © 1976 Polar Music International AB, interpretada por ABBA  
Página 145: *Let It Be*, © 2009 The copyright in this audio & audiovisual compilation is owned by EMI Records Ltd, interpretada por The Beatles  
Página 161: *How Insensitive*, © 2006 The Verve Music Group, a Division of UMG Recordings, Inc., interpretada por Diana Krall  
Página 189: *Thank you for the Music*, © 1994 Polar Music International AB, interpretada por ABBA  
Página 261: *When Mac Was Swimming*, © 2003 Badman Recording Co., interpretada por The Innocence Mission  
Página 266: *Gimme! Gimme! Gimme!*, © 2014 Polar Music International AB, interpretada por ABBA  
Página 340: *Blue Jeans*, © 2013 Lana Del Rey under exclusive licence to Polydor Ltd. (UK). Under exclusive licence to Interscope Records in the USA, interpretada por Lana del Rey  
Página 325: *Mar el poder del mar*, © 2007 Warner Music Spain, S.A. Producido bajo licencia de Music Bus, interpretada por Facto Delafé y las Flores Azules  
Página 343: *Start Me Up*, © 2012 Promotone B.V. under exclusive licence to Universal International Music B.V., interpretada por The Rolling Stones  
Páginas 449-450: *Only Love Can Break your Heart*, © 2010 Saint Etienne Limited, under exclusive license to Universal Music Operation Ltd., interpretada por Saint Etienne

Primera edición: mayo de 2017  
ISBN: 978-84-08-17201-7  
Depósito legal: B. 6734-2017  
Composición: Víctor Igual, S. L.  
Impresión y encuadernación: Cayfosa (Impresia Ibérica)  
*Printed in Spain* - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

«Hace un frío de mil demonios — te dices mientras miras por la ventana del avión—. ¿A quién se le ocurre poner el aire acondicionado tan fuerte?» Tu chaqueta no te basta y te envuelves con la fina manta que hace un rato te ha entregado la azafata. Al menos, tienes la ventana. Sí, pero, por otro lado, cuando quieras salir, tu vecino tendrá que levantarse... «Bueno, relájate, Emma — te dices—, te esperan ocho horas de vuelo, así que más vale que te distraigas.» Y te pones los cascos para escuchar música.

El mar está tranquilo, o eso es lo que parece desde esta altura. Hay pocas nubes en el cielo. Son blancas y gordas, pedazos gigantes de algodón. La luz roja del extremo del ala se enciende y se apaga de manera intermitente. Ves también varias estelas que han dejado otros aviones. Son tres, ahí, a lo lejos, y dos más cerca, que se cruzan. ¿Adónde van? ¿Cuál es su destino? Cuánta gente yendo de un sitio para otro mientras abajo todo sigue su ritmo habitual.

Mamá te ha acompañado al aeropuerto. Tú le has dicho que no hacía falta, pero ella ha querido ir. Habéis subido al taxi y al poco ha empezado a contarte por enésima vez su primer viaje a Europa. Conoces la historia de sobra, pero la escuchas como si no la hubieras oído antes. Papá y mamá fueron de luna de miel a París, la Ciudad de la Luz, el Sena, los *bateaux-mouches*...

Qué romántico y qué tópico. Estuvieron una semana y fueron a la Ópera y al Louvre. La ves contenta y nerviosa. Luego te ha preguntado si lo tenías todo. El pasaporte, el billete, el dinero. «Claro, mamá, que no tengo quince años.»

Al pasar por delante de Central Park has dejado de escucharla. Te has fijado en los árboles y en los colores de las hojas moviéndose con el viento. Por un instante se ha parado el tiempo y te has despedido de lo que —aparte de Mark— más echarás en falta de esta ciudad.

Lo sabes porque ya te ha sucedido antes. Pero esta vez será más intenso, seguro. Es tu primera salida en solitario. Has recorrido la costa Este con tus padres desde que eras pequeña, y el verano pasado fuiste con tus amigos hasta Nueva Orleans. Ese viaje... Sonríes recordando los mejores momentos de tantas horas de carretera. Ahora será diferente, así lo has querido. «Todo irá bien», te dices confiada; tienes ganas de conocer a tía Martha, a su marido Alvin y a tus primos.

El avión se tambalea. Entráis en una zona de turbulencias. Suenan los avisos de ajuste de cinturones. Piden por megafonía que todo el mundo se siente en su sitio y que se dejen los pasillos despejados. Tanto movimiento no te hace ninguna gracia. Rebotas varias veces y alguien delante de ti grita pidiendo socorro. Tu compañero de al lado te mira divertido y te guiña el ojo. ¿Puede alguien pasárselo bien en una situación como ésta?

El del otro lado del pasillo debe de ser su hermano pequeño. Después, están sus padres. Él no parece estar tan contento... Se han comido una enorme bolsa de patatas fritas entre los dos y ahora quizá se arrepienten. Otra vez: todo se mueve, arriba y abajo. El pequeño se pone rojo mientras el mayor sigue como si estuvierais en una montaña rusa.

Tras dos minutos, que parecen horas, el avión recobra la estabilidad. Suspiras aliviada y oyes cómo tu corazón bombea con fuerza. La subida de adrenalina ha sido considerable. Los dos hermanos comentan la jugada eufóricos. Parece que el susto ya ha pasado (sobre los asientos se apagan las luces de cinturones abrochados).

«¿Dónde estaba? En tía Martha, eso es, tía Martha, la prima segunda de papá, que vive en París desde que se casó con el francés más guapo del mundo. O eso, al menos, es lo que dice mamá.» De la boda tú no te

acuerdas porque entonces tenías tres años. Después no habéis coincidido ni en Nueva York ni en Chicago, de donde es papá y sigue viviendo la abuela.

La familia siempre es la familia y, cuando dijiste que querías ir a Europa, mamá pensó en tía Martha. La llamó y enseguida dijo que por supuesto, que te esperaban con los brazos abiertos. Tú eres hija única, así que te alegras de aterrizar en una casa con dos chicos. Son Tom y Nicolás, de veinticinco y diecisiete años. Tú te has hecho ya amiga de Tom en Facebook y has visto que se parece a su padre...

Ahora, en el cielo no se ven nubes. Todo es azul al otro lado de la ventanilla. Cierras los ojos mientras te cubres con la manta. Te quitas las zapatillas, te haces un ovillo en tu asiento y apoyas la cabeza contra el marco. Pero no consigues relajarte y abres de nuevo los ojos.

Tu vecino lee un cómic de superhéroes. Es Batman. Está en un callejón oscuro y sucio, lleno de ratas. De repente le tiran una red encima y dos viñetas después consiguen reducirlo. Aparece el Joker, se le acerca...

Tu vecino te mira y te pregunta si lo quieres, que él tiene un montón más.

—No, gracias.

—¿Seguro?

—Seguro.

—Bueno, como quieras.

Y sigue leyendo. Tú te vuelves hacia la ventana sin éxito: al cabo de cinco minutos, te encuentras de nuevo con la mirada sobre el cómic. Te inclinas hacia delante para ver mejor cómo sigue la aventura y entonces tu compañero cierra el cómic y te lo da sin decirte nada. Lo coges, ¿qué vas a hacer, si no? Y antes de darte cuenta él ya está leyendo otra historieta de Batman.

\* \*

*Pasa a la página 21.*



Estás tumbado en tu litera y el traqueteo del vagón no te deja dormir. Deben de ser las doce pasadas. Todo es gris, noche. En un murmullo, cuentas hasta diez. Sin embargo, sigues despierto; ¿qué esperabas? Y decides encender la luz.

Pero el de abajo no tarda en quejarse:

—Eh, oye, que no estás solo.

—Hasta cien.

—¿Cien?

—Sí, diez no sirve. Comprobado. Cierra los ojos y cuenta hasta cien, anda.

—Y tú apaga la luz.

—Voy a leer un rato.

—No.

—No, ¿qué?

Y, desde la cama inferior del otro lado, se oye la voz del abuelo:

—Bueno, basta ya. Si no os calláis, voy a tener que encender yo también mi luz.

El de abajo os manda al infierno y vuelve de nuevo la calma.

Coges tu bloc, y en la primera página que encuentras en blanco dibujas una bicicleta tricolor y de carreras con ganas de llegar al fin del mundo. También dos manos grandes y árboles, palmeras, varios edificios, campanarios y centrada a lo lejos la torre Eiffel junto a estrellas y un sol de atardecer. Alguien dijo una vez que no somos ni la bici ni el ciclista, porque lo que realmente somos es el viaje.

Abajo, añade tu nombre: Kim. Luego pasas la página, como con tu historia de la universidad.

Todo ha sucedido esta misma tarde: la expulsión de la Escuela de Bellas Artes, la rabia y el tren. Aunque cualquiera diría que lo tuyo parece una huida, tú lo llamas *borrón y cuenta nueva*. Miras adelante sin hacerte muchas preguntas. En un impulso has hecho la bolsa (sólo las cuatro cosas imprescindibles) y te has dirigido a la estación de Francia. De los destinos para esta noche, te has quedado con París y, sin pensarlo dos veces, has sacado un billete en el Talgo de las 19.55.

Te has tomado una caña en el bar de la estación y has matado el rato ojeando el periódico. La mayoría son noticias ya sabidas, repetidas varias veces por la radio y la tele. A ti no te interesan, tú te fijas en las columnas laterales y la letra pequeña. En la sección de

negocios dicen que un chaval de Dublín ha ganado una pasta con una aplicación de rastreo de móviles. «Joder, hay que ver qué cosas más raras triunfan.»

Ahora viajas metido en este compartimento de cuatro y no puedes dormir. Cierras tu libreta, apagas la luz y bajas de la litera: tienes ganas de estirar las piernas. Te vistes en diez segundos y sales al pasillo. Cierras la puerta tras de ti y, sin nadie a la vista, te acercas a la ventana. Fuera hay campos y una carretera de dos carriles que sigue paralela la vía del tren. Un coche cruza en sentido contrario. «¿Dónde debemos de estar?», te preguntas sin tener ni idea.

Estás decidido: no vas a pensar ni en la universidad ni en el decano, el doctor Bech. Pero, de tan claro que lo tienes, no dejas de tenerlo presente. Es como lo del elefante rosa. Si alguien te dice que no pienses en un elefante rosa, no puedes evitar imaginártelo. Miras al cielo, las estrellas. Ahí están la Osa Mayor y la Polar, sí, pero esta noche amable de principios de verano no tiene nada que ver con las de tus anteriores escapadas.

De repente, un rugido: es la puerta del final del vagón. Entra una pareja. Se los ve muy contentos, deben de venir del bar restaurante. Seguro que ha habido cena y luego algunas copas, te dices sin dejar de mirarlos. ¿Se habrán conocido en el tren? ¿Un flechazo irresistible? Ella lleva sus sandalias de tacón en la

mano y necesita la ayuda de él para avanzar. No se han dado cuenta de que estás en el pasillo y ahora se besan contra la pared de los compartimentos. Ella ya ha dejado caer los zapatos y le coge la cara mientras él la abraza. Todo como si les faltara tiempo.

Te vuelves y, antes de que la temperatura suba hasta el punto de ebullición, bajas de golpe el cristal de la ventana y entra de nuevo el rugido del tren en la noche. Te han descubierto, estás convencido. Tú te mantienes como si nada, apoyado sobre el antepecho con la mirada perdida al frente, aunque lo cierto es que ya no ves lo que tienes delante, sino a varios metros a tu derecha.

Se ríen. Y pasan por detrás de ti cogidos de la mano. Mientras él busca la llave, miras de reojo a la pareja frente a su compartimento. Ella te sonríe. Entonces un escalofrío te recorre el cuerpo: sus ojos parecen no verte. Cuando él consigue abrir la puerta, ella lo empuja susurrándole algo al oído. Luego se cierra la entrada de su particular refugio. Y vuelves a quedarte solo en el pasillo.

Bueno, no tan solo. También se han quedado fuera las sandalias rojas. Sacas la cabeza por la ventana y de inmediato notas el frío de la velocidad. Casi no puedes respirar, pero ahora más que nunca te sientes libre, libre y vivo.

Al poco, regresas y te haces con el par de tacones.

Te acercas decidido y llamas a la puerta de los amantes con dos golpes secos. Abre ella y, sin mirarte, te dice a media voz «Gracias». Coge sus sandalias y, tras un silencio demasiado largo, te invita a pasar:

—Ven.

\* \*

*Si accedes y entras en el compartimento,  
pasa a la página 177.*

*Si prefieres pasar la noche a tu aire,  
ve a la página 194.*